

que José le explicase lo que estaba escrito en la profecía: Lo puso sobre todos sus bienes (1).

Jesucristo debía nacer de una Madre Virgen, pero á la vez Esposa; era menester que su Madre uniese en Ella este doble título, para que el Hijo naciese de una manera conveniente á su dignidad y grandeza. La virginidad de José garantiza á María su cualidad de Virgen. Ambos esposos cooperan con la comun virginidad en el matrimonio á este nacimiento inefable. Ambos fueron fecundos por la misma virtud que parecia deber hacerlos estériles. El hombre Dios, la Flor de Nazareth nace de la virginidad de María y José, nace de esas dos virtudes; los demas hombres nacen de la comun concupiscencia. Si Jesucristo no nace de la sangre de José, nace de su virginidad y su amor, y José es su padre, como lo decia María: «Vuestro padre y Yo os buscamos» (2). En efecto, José no concurrió á la formacion del adorable cuerpo de Jesus; pero cooperó al milagro de su vida; tuvo en el nacimiento la parte que podia tener en él una virtud singular, una pureza angélica, una heroica fidelidad para conservar intacto el depósito que Dios le habia confiado; y como no ha existido más noble esposo, gracias á su virginidad, no ha existido tampoco, dice San Agustin, padre más perfecto, gracias á su pureza, siendo su paternidad tan noble como singular (3). Por eso el mismo arcángel que fué enviado á María, reveló á José la milagrosa concepcion operada por el Espíritu Santo. Á José el primero, y despues de él y como por él á la humanidad entera, fué revelado el gran secreto, el gran deseo de Dios, el misterio de la encarnacion (4). Además, á José, en el mismo mensaje, se le delega el poder de conferir por una solemne investidura al Hijo de Dios el título de Salvador del mundo: «Le pondréis por nombre Jesus, porque redimirá del pecado á su pueblo» (5).

En fin, á José descubre el mensajero celeste los divinos consejos, los divinos oráculos, ya se trate del honor de la Madre ó

(1) Constituit eum dominum domus suae et principem omnis possessionis suae. (Ps. CIV.)
(2) Pater tuus et ego. (Luc., II.)
(3) Tanto firmiter pater, quanto castius. (S. Aug.)
(4) Quod in ea natum est de Spiritu Sancto est. (Matth., I.)
(5) Vocabis nomen ejus Jesum; ipse enim salvum faciet populum suum à peccatis eorum. (Ibid.)

de la seguridad del Hijo; se le advierte cuándo debe ir á Belen, huir á Egipto, volver á Nazareth. Es verdad que no se le ha dicho: «Toma á tu Esposa y tu Hijo», sino: «Toma al Hijo y á la Madre» (1); porque el ángel y el Evangelista no dejan nunca escapar la ocasion de recordar que Jesucristo no es hijo de José segun la carne, sino solamente de María. Por lo demas, al decirle: «Toma al Hijo y á la Madre», haciendo ver que José era árbitro, ecónomo, alimentador y guardian de Jesus y María, y que debía cuidar como si Jesus fuese realmente su Hijo, el ángel manifestaba claramente que aquel Hijo y su Madre debian ser dirigidos por José, y ejecutar sus órdenes como si fuese realmente padre de Jesus, así como era verdaderamente esposo de María. Orígenes, fundado en la fe de la tradicion, asegura que Jesus llamaba á José «mi padre», así como á María «mi Madre» (2). ¡Oh dignidad, oh grandeza, oh gloria de José! Exclama San Basilio. Ningun hombre, por santo y perfecto que haya sido, ningun ángel ha recibido tan grande honor. Sólo José ha tenido la dicha de oirse llamar padre por Aquél cuyo verdadero Padre está en los cielos (3).

Así, pues, lo mismo que María reconocia en José su visible esposo, la persona del Espíritu Santo, su esposo invisible, Jesus, en aquel patriarca su padre por virtud y por gracias, reconocia la persona del Padre Eterno, su invisible Padre por naturaleza. Jesus, pues, como María, dependen de José, le obedecen con la sumision más perfecta, y pasan treinta años en semejante estado de sujecion, de servidumbre, de dependencia; porque la expresion del Evangelio indica, no solamente una sumision reverente, respetuosa, de simple conveniencia y ceremonia, sino una verdadera sujecion de sentimiento, de deber, de perfeccion, de real obediencia practicada como para con Dios mismo (4). ¡Oh profunda humildad de una parte, y de la otra infinita condescendencia de un Dios que consiente en depender de la voluntad y de las prescripciones de un hombre! (5). Pero por esta mis-

(1) Accipe puerum et matrem ejus. (Matth., I.)
(2) Vocabulo patris honoravit eum. (Orig.)
(3) Hoc vocabulo neque angelus, neque sanctus, sed solus Joseph meruit nuncupari. (Ibid.)
(4) Et erat subditus illis. (Luc., II.)
(5) Obediente Deo voci hominis. (Jos., X.)

ma razon, exclama San Pedro Damian, ¡cuánta no es la dignidad y la grandeza de José! En los deseos del Dios Redentor, el honor de esa paternidad habia de servir para que se cumpliesen los más sublimes misterios. ¡Oh sujecion, obediencia y fidelidad que, segun el mismo santo doctor, á la vez que nos revela el incomprendible exceso de la humildad de Jesus, nos revela tambien la incomprendible y única dignidad de Jesus! Porque así como María divide sólo con Dios la ventaja de haber engendrado á Jesus de su propia sustancia, así José parte igualmente con sólo Dios la gloria de mandar á Jesus como á su Hijo (1).

¡Oh gloria! ¡Oh grandeza de José, que tuvo el honor de verse obedecido como padre por la augusta Persona que fué objeto de la fe de los patriarcas, de la esperanza de los profetas, de la caridad de los justos, de los deseos y de los homenajes del mundo entero; por Aquél que fué el Mesías, el Redentor, el Hijo de Dios mismo; por Aquél de quien todos los santos se considerarían indignos de desatar el cordon de sus zapatos, de besar la tierra hollada por sus piés, en una palabra, de que se les contase entre sus más humildes siervos! ¡Oh grandeza! ¡Oh gloria de José, que tuvo el honor de verse obedecido como señor por Aquél que habia tomado la defensa del esclavo, por Aquél á quien obedecían dóciles el mar, los vientos, la salud y la enfermedad, la vida y la muerte, los ángeles y los demonios, los justos y los pecadores! ¡Grande es la gloria del santo nombre de Jesus, en cuya presencia se doblan todas las rodillas, se inclinan todas las cabezas, en el cielo, en la tierra, en el paraíso y en el infierno! (2). Pero más grande aún y más incomprendible es la gloria de José, á cuya menor señal baja humildemente la cabeza ese mismo Jesus, que ve inclinarse ante su nombre al universo entero. Siguiendo el ejemplo de Jesus, la humilde María le obedece con sumision más perfecta. Estas dos augustas Personas están como suspendidas de los labios de José, y ambos, Madre é Hijo, viven bajo la dependencia de su arbitrio y su voluntad. Es él quien á gusto de su voluntad y libre albedrío arregla y gobierna á la preciosa Familia; quien la lleva de un lugar á otro, fija la hora de la parti-

(1) Hæc subjectio sicut inæstimabilem nobis humilitatem in Christo, ita incomparabilem dignitatem designat in Joseph. (B. Petrus Damianus.)

(2) In nomine Jesu omne genuflectatur cœlestium, terrestrium et infernorum. (Philip., II.)

da, dirige la marcha y todo lo determina. ¡Ah! El primer José habia visto solamente en sueños; en signo y figura, el sol y la luna concentrar sus rayos y venir de las altas regiones del cielo á adorarle en la tierra (1); y todo esto se cumple en pleno dia y en realidad con el nuevo José; porque ve el verdadero Astro de la noche, ve á María con todos sus atractivos; ve el verdadero Sol de la justicia, á Jesus, atento á sus palabras, á sus deseos, á su voluntad, como si fuesen las del mismo Dios, escuchándolo con reverencia, respetándolo con humildad, obedeciéndolo con fidelidad, venerándolo, adorándolo en cierto modo como á Dios mismo: *Vidi solem et lunam adorare me.*

¡Oh nobleza, oh grandeza de la humilde casa de Nazareth! ¿Qué lugar del universo abrigó nunca más augustos personajes, fué testigo y teatro de tan dignos y sublimes misterios? El templo de Jerusalem es á los ojos de los hombres magnífico y majestuoso, pero la casa de Nazareth es á los ojos de Dios más santa y más augusta; es en la tierra su verdadero templo. Allí como en nuestros templos, la Divinidad habitaba corporalmente en Jesucristo, y estaba alimentada; allí nacia la gran familia de Jesucristo, la Iglesia, que debia extenderse por todo el mundo. Allí estaba trazado el plan de una nueva creacion que debia reconstituir al hombre segun Dios en la justicia y la verdad. Allí comenzaban á realizarse los deseos guardados por Dios en toda una eternidad. Allí se formaban los primeros modelos del culto, los primeros discípulos del Evangelio; allí se producian los primeros frutos de la redencion, los primeros milagros de la gracia, los primeros designados para la gloria celestial.

¡Bienaventurado, pues, añade el Señor en la parábola del siervo fiel, bienaventurado el siervo fiel á quien Dios encuentra dócil en escuchar sus órdenes, celoso en cumplirlas! Para recompensarle, lo pondrá sobre todos sus bienes: *Super omnia bona sua constituit eum.* Esta prediccion se ha verificado al pié de la letra en la persona de José, en cuanto á la recompensa prometida.

Dios, dispensador de todos los bienes, así de la naturaleza como de la gracia, los reparte segun sus altos juicios; pero puede decirse que sus verdaderos bienes, los que estima en más, los que deben por excelencia ser llamados sus bienes, *bona sua*, son

(1) Vidi solem et lunam adorare me. (Gen., XXXVII.)

los bienes de la gracia, los de la gloria. Pues justamente de estos bienes enriqueció con la mayor liberalidad á su siervo José en recompensa de su prudencia y fidelidad: *Super omnia bona sua constituit eum*. Le confirió, pues, los bienes en el orden de la gracia. ¿Quién podría apreciar la abundancia de méritos, de virtudes, de gracias, de favores divinos de que fué colmado José, ya como esposo de María, ya como padre de Jesús? No contamos las gracias, los dones, los privilegios con que Dios le previno y enriqueció para hacerlo capaz de tan grande cargo, de tan gran ministerio. No recordaremos que fué, según Santo Tomás, santificado en el seno de su madre, ántes de su nacimiento; que se libró del fuego de la concupiscencia, siendo por la pureza de su alma un ángel verdadero en un cuerpo humano. No repetiremos que reunía la inocencia de Abel, la fidelidad de Abraham, la docilidad de Isaac, la piedad de Jacob, el celo de Moisés, la mansedumbre de David; que fué, más allá de toda idea, colmado de gracias y virtudes, y que reunió todos los dones del espíritu que animó á los santos y justos que le antecedieron (1). Nos contentaremos con fijarnos un instante en el aumento de gracias y méritos que obtuvo por el solo ejercicio de su ministerio.

Primeramente, ¿qué no debió obtener como esposo de María? El matrimonio más santo, según dice San Pablo, parte de ordinario el corazón de los esposos entre el deseo de agradar al mismo tiempo al Creador y á la criatura, y no les permite vivir todo por Dios y en Dios (2).

Pero para José la presencia de su Esposa, lejos de ser un obstáculo, era un estimulante continuo para elevarse á Dios con toda la fuerza de su corazón, con toda la impetuosidad de sus afectos. Así como el arca de la alianza estaba revestida de oro interior y exteriormente, María estaba interior y exteriormente llena de la divina caridad. La antorcha divina de su corazón esparcía su luz por todo su cuerpo, brillaba en su rostro, en sus maneras, en sus palabras, y formaba á su alrededor como una atmósfera purísima del más santo amor. José, cerca de ella, está continuamente envuelto en esa atmósfera, y la respira sin cesar. Los ardores del amor divino pasan del corazón de María al cora-

(1) Vir iste spiritu sanctorum omnium plenus fuit. (S. Thom.)

(2) Qui cum uxore est divisus est. (I, Cor., VII.)

zón de José, para abrasarlo con un amor más ardiente que el más perfecto. Ama tiernamente á María como Esposa y como Madre de su Dios; la ama según Dios, como llena de Dios, como verdadero templo de la Divinidad. Todo en Ella le habla de Dios, le hace elevarse sobre sí mismo, le conduce á Dios, le hace gustar en el matrimonio las ventajas de la virginidad, que son no pensar más que en Dios, santificarse en cuerpo y alma, consagrarse á Dios, amar siempre á Dios más y más: «El que no tuviere esposa, está en libertad de no pensar más que en las cosas de Dios» (1).

Añadamos que José recibía sin cesar un acrecentamiento de mérito y de gracia como padre y guardian de Jesús.

Jesucristo, en el Evangelio, ha puesto sobre todo otro mérito el de la caridad. Ha declarado que recibiría y recompensaría como hecho á Él mismo todo el bien que en su nombre hiciésemos al más miserable, al último de los hombres. Luego si tal es el mérito de los que han practicado solamente en nombre de Jesucristo la misericordia, ¿cuál no será el mérito de José, que la ha practicado con el mismo Jesucristo?

El Hijo mismo de Dios, revestido con nuestra naturaleza, expuesto á todas las miserias del hombre, ha sido confiado á José para que lo alimente, lo cuide y vele por Él. José lo viste, satisface su hambre, apaga su sed, lo sustenta á costa de su trabajo, le da asilo en su casa, lo recibe en su seno, muestra su vigilancia ocultándolo y valor defendiéndolo. ¿Quién podría, no decir, sino solamente expresar cuántos fueron, entre estos asiduos cuidados de todos los instantes, los inmensos tesoros de bendición y de gracia con que Dios colmaba á José en recompensa de aquella solicitud, de tanto amor y tanta ternura? Tanto más cuanto el amor de José por Jesús, con toda la energía del amor paternal, no conocía debilidades, ni las imperfecciones ordinarias en la ternura de los padres por sus hijos, ternura que muchas veces excluye el puro y perfecto amor de Dios.

Como Jesucristo es Hijo de José de una manera toda espiritual, y por tanto más noble y perfecta, y por eso es más Hijo de José que los hijos según la carne, ama más inmensamente. Pero como aquel amor no debe nada á la naturaleza ni á la carne, no

(1) Qui sine uxore est, cogitat quæ Domini sunt. (I, Cor., VII.)

perjudica en nada á las operaciones del espíritu y la gracia. Como Jesucristo es Hijo de la virginidad de José, este padre de un nuevo género, este padre perfecto, le ama, no por la simpatía de la sangre, sino por sentimiento de religion. Como Jesucristo, verdadero Hombre, es Hijo de Dios, y la misma Persona una é indivisible es al mismo tiempo verdadero Dios y verdadero Hombre, toda la caridad que José ejerce con Jesucristo, á quien ve, la ejerce directamente con Dios, á quien no ve, y ama en su Hijo á su Criador, á su Redentor, á su Dios. Por eso se siente humillado, confuso y enternecido á la vista de un Dios que se somete á sus órdenes como el último de los hombres. Los servicios que le presta son homenajes de piedad. Las fatigas con que lo sustenta y lo libra de los peligros son sacrificios puros que tienen el amor á Dios por principio, y el honor y amor á Dios por objeto. Las preguntas que le hace son fervientes oraciones; las palabras que cruza con Él son fervientes meditaciones; las caricias que le prodiga son transportes de caridad séráfica; la alegría interior que experimenta al abrazarlo, al verlo crecer, son éxtasis de contemplacion sublime. En una palabra, miéntras Jesucristo le obedece como á un padre, José le adora como á su Dios, y todo el ejercicio de su autoridad es una sucesion admirable de actos purísimos de religion y de piedad que le elevan á Dios.

Por otra parte, así como José se encuentra celoso en rendir á Jesucristo, en su Hijo, el verdadero culto que le debe como Dios; Jesucristo, atento á recompensar á su siervo, como padre, miéntras que como hombre le obedece extensamente, como Dios le colma interiormente de todo género de gracias. Las miradas que le dirige son otros tantos rayos de divina caridad; las respuestas son otras tantas inspiraciones divinas; las palabras lo son de gracia y de vida que, miéntras resuenan dulcemente en los oídos de José, se repiten en ecos misteriosos en su corazon, purificándole más y más, santificándole, perfeccionándole, inflamándole, divinizándole. Imaginaos treinta años de semejante vida, más parecida á la del cielo que á la de la tierra; treinta años de divina intimidad con el Hijo de Dios; treinta años de inefable rivalidad, si así puede decirse, entre José, celoso de honrar á su Dios en su Hijo, y Jesucristo, celoso de recompensar á su siervo en su padre; imaginaos eso, repíto, y calcularéis, si puede

calcularse, el inmenso tesoro de virtud, de mérito, de santidad, de gracia con que fué colmado José. Una palabra lo dice todo, una palabra que ya hemos repetido muchas veces; José es el siervo verdaderamente dichoso, porque encontrándole Dios constantemente dócil, obediente y fiel, le enriqueció con todos los bienes propios de Dios; bienes de virtud, de mérito, de gracia, segun hemos visto, y añadiremos de gloria en la segunda parte.

SEGUNDO PUNTO. Jesucristo ha declarado en el Evangelio que el mérito de los hombres de misericordia es tan grande á sus ojos, que les da derecho á una bendicion particular del Padre celeste, á un lugar distinguido en su reino: «Venid, benditos de mi Padre, y recibid el reino que os ha sido preparado desde la creacion del mundo» (1).

Pues si tal es la recompensa de los que han practicado la caridad con los pobres, ¿cuál habrá sido la de José que la ha practicado con Jesucristo, alimentando su santa Humanidad á costa de su trabajo y su sudor? Si tal es la recompensa del que hace el bien solamente en nombre de Dios, ¿cuál no habrá sido la del que lo ha hecho á Dios en persona? Sí, elevado en gloria sobre todos los santos, como fué elevado en mérito, perteneciendo á la mision hipostática en el cielo, así como en la tierra pertenecía á la Santa Familia, solamente inferior á la Virgen, de quien fué esposo, y á Jesucristo, de quien fué padre, cuando pide alguna cosa á esa Esposa y á ese Hijo, dice Pedro Damian, la obtiene, no como cualquiera que consigue á fuerza de ruegos, sino como quien es obedecido por su autoridad. Lo mismo que Dios lo colmó en la tierra con todas las gracias, así lo ha establecido en el cielo, árbitro de todo su poder y dispensador de todos sus bienes.

El gran monarca de Egipto, que en recompensa de que el antiguo José habia, por su prevision, asegurado á su pueblo abundancia de trigo en tiempo de hambre, sujetó á su autoridad todo su reino (2), fué una bella figura, una verdadera profecía de la conducta de Dios eterno, que, en recompensa de la solicitud y ternura del nuevo José con Jesus, verdadero alimento de los ele-

(1) Venite benedicti Patris mei; percipite regnum paratum vobis à constitutione mundi. (Matth., xxv.)

(2) Ite ad Joseph. (Gen., xli.)

gidos para la salud del mundo, ha conferido á este gran patriarca la autoridad y el imperio sobre todo el pueblo cristiano, prescribiendo á todos que acudan á José para obtener cualquiera gracia ó socorro: *Ite ad Joseph!*

Nótese ademas que José es el único santo que ha practicado las virtudes propias de toda clase de estados y condiciones, y por eso ha obtenido la prerogativa de ser el único santo que pueda interceder por las personas de toda condicion y estado. En este sentido, puede decirse que le ha dado el derecho de bendecir á todas las naciones (1). José pertenecía á la casa real de David; pero se vió obligado á vivir del trabajo de sus manos. Á él, pues, deben recurrir al mismo tiempo los ricos y los pobres, los nobles y los plebeyos. Se unió con los lazos de un legítimo matrimonio; pero en éste conservó la virginidad más pura y perfecta. Á él, pues, deben recurrir todas las personas que han hecho voto de virginidad, y las que viven en el estado de matrimonio. Habiendo tenido el honor de llevar entre sus manos el Cuerpo santo de Jesucristo y ofrecerlo á Dios con los más puros sentimientos religiosos, ejerció el más noble y más augusto sacerdocio (2). Á él, pues, deben acudir los sacerdotes, eclesiásticos y seculares. Sí, Dios le ha dado el poder de bendecir á todas las tribus de la tierra: *Benedictionem omnium gentium dedit illi.*

(1) *Benedictionem omnium gentium dedit illi. (Eecl., XLIV.)*

(2) Jesucristo, en un estado humilde y débil, Niño aún, hacía el oficio de mediador: su sujecion espiaba nuestras desobediencias; su humildad curaba nuestro orgullo; se ofrecia como Sacerdote, intercedia como Abogado, satisfacía como Redentor.

José tomaba muchas veces á Jesus entre sus manos puras, y lo ofrecia al Padre para la redencion del mundo, uniendo á este gran acto su oracion y caridad: como era José quien recibia y ofrecia á Dios los homenajes del Hijo de Dios, humillado y en estado de dependencia, ejercia una especie de sacerdocio.

Como por medio de José descendian del trono de Dios hácia la casa de Nazareth las voluntades del Padre celestial, por medio de él tambien se elevaban al trono de Dios de la casa de Nazareth los actos de sumision de la Madre y los de obediencia del Hijo. Los ángeles están encargados de presentar á Dios las oraciones y méritos de los santos; á José está confiado el sublime ministerio de presentar y ofrecer á Dios los méritos y oraciones de Él mismo que es el Santo de los santos, siendo así el primer sacerdote de Jesucristo que ofrece al Altísimo sus satisfacciones infinitas, el precio de nuestra salud eterna.

Y en efecto, no hay reino que no le tenga por protector, familia que no le tenga por guardian, cristiano que no le tenga por abogado; y su nombre, unido al de Jesus y María, es la confianza, el consuelo, la miel, la dulzura de todos los labios cristianos: *Benedictionem omnium gentium dedit illi.*

Observad muy particularmente, que si la vida de José fué la más dichosa, su muerte fué la más extraña, porque la muerte, que une á los santos con Jesucristo, fué precisamente la que separó á José de Jesucristo. Luego si Estéban sufrió con alegría una muerte cruel con la perspectiva de ir á reunirse con Jesucristo, que lo aguardaba glorioso con los cielos abiertos á sus miradas (1); si Pablo no deseó nada tan ardientemente como ver romperse los lazos del cuerpo que le impedían unirse á Jesucristo (2); José, por el contrario, nada temía tanto como la muerte que debió, por un tiempo cuya duracion ignoraba, privarle de la vista y de la sociedad de Jesus y María. Los santos al morir van á unirse á Jesus y María y á gozar de su sociedad; José al morir se separa de ellos. La querida presencia, la existencia afectuosa de Jesus y María, que para los demas es un consuelo en el momento de la muerte, fué para él su mayor tormento. Los demas santos pasan al morir de los limbos oscuros de esta vida á la luz del paraíso; José, del paraíso que encontraba en la tierra en compañía de Jesus, pasa á la mansion de los limbos, como á un infierno. Su pena acrecienta con su agonía. El amor á Dios, que ayuda al alma á salir del cuerpo de los otros santos, queria retenerla en el de José. Miétras la muerte de los demas santos es un transporte que lleva el alma al seno de Dios, la muerte de José es un acto de sublime resignacion para separarse de Dios. Los demas cambian el destierro por la patria, la tierra por el cielo, y José al morir cambia la patria por el destierro, el paraíso por los limbos, la sociedad de Jesus y María por la de las almas gemidoras de los patriarcas, la beatitud del cielo por una especie de cruel infierno.

Lo mismo que por haber sido durante su vida el modelo de todas las virtudes, obtuvo en recompensa la prerogativa de ser el protector de todos los virtuosos, así tambien, por haber sido

(1) *Video coelos apertos et filium hominis stantem à dextris Dei. (Act. VII.)*

(2) *Desiderium habens dissolvi et esse cum Christo. (Philipp., I.)*

entre todos los santos el que ha encontrado ménos deseable la muerte que la vida, ha obtenido en particular la prerogativa de ser para nosotros un protector en la muerte. Y hé aquí por qué la Iglesia le invoca como el consolador, el alivio y la esperanza de los moribundos, como el santo de la última hora. ¡Oh momento que debe llegar para todos, y del cual depende la bienaventuranza ó la desdicha eterna! *Momentum à quo pendet æternitas!* Hagamos que sea para nosotros un momento propicio. Sí, desde ahora aseguramos para esa hora terrible, por nuestra devoción, por nuestros homenajes, por nuestra confianza, la protección de tan gran santo, que hará nuestra muerte tan dichosa como fué penosa la suya, y veremos que su nombre será para nosotros un escudo de defensa, una prenda de consuelo; y como está, puede decirse, identificado con Jesus y María, morir á la sombra de su protección es pasar dulcemente y con seguridad á los brazos de Jesus y María. Así sea.

VIGÉSIMA HOMILIA.

EL DEUDOR INSOLVENTE,

Ó LAS ALMAS DEL PURGATORIO.

Esto consentiens adversario tuo dum es in via cum eo; ne forte tradat te adversarius judici, et iudex tradat te ministro et in carcerem mittaris. Amen dico tibi, non exies inde, donec reddas novissimum quadrantem. (MATH., v).

Acomódate luego con tu contrario, mientras que estás con él en el camino, no sea que tu contrario te entregue al juez, y el juez te entregue al ministro, y seas echado en la cárcel. En verdad te digo, que no saldrás de allí hasta que pagues el último cuadrante.

¡Quién no admira el lenguaje de los Libros santos! Con algunas breves y santas palabras, nos revelan los más profundos misterios, y nos dan grandes é importantes lecciones de religion y de conducta, como vemos muy particularmente en el pasaje del Evangelio que acabo de citar. En efecto, el adversario á que se refiere Jesucristo diciéndonos que nos importa acomodarnos con él mientras nos encontramos en el camino, es el mismo Dios, cuyos preceptos están en oposicion con nuestros deseos carnales y con nuestros intereses profanos, y con Dios, por consiguiente, debemos arreglar nuestras cuentas mientras que estamos en el camino de la vida.

El juez ante quien nuestro adversario ha de citarnos, es Jesucristo, á quien, como Él mismo nos ha dicho, Dios Padre ha dado poder para juzgarnos.

La deuda que debemos pagar hasta el último óbolo, son las penas, las satisfacciones que debemos á Dios por nuestras faltas y pecados; deuda que, si no se paga en esta vida con la peniten-